

TÉRMINOS PARA LA REDENCIÓN

Katia del Campo



ElOtroCuarto
EDITORIAL

TÉRMINOS PARA LA **REDENCIÓN**

TÉRMINOS PARA LA REDENCIÓN

Katia del Campo

Primera edición: noviembre, 2021

En colaboración con
EspacioAjeno - Plataforma Crowdfunding
facebook.com/espacioajeno.cl

Impreso en Santiago de Chile
por Editorial popular Arttegrama.

Diseño, edición y diagramación
Editorial ElOtroCuarto
www.elotrocuarto.cl

TÉRMINOS PARA LA **REDENCIÓN**

Katia del Campo

Ediciones **ElOtroCuarto**

*En el camino de los perros
mi alma encontró a mi corazón,
estaba sucio, mal vestido y lleno de amor*

ROBERTO BOLAÑO

PSICOSIS

La peste del recuerdo, inmovilizadora del presente, donde aqueja inmóvil la palabra antagonista, punzante y sin estribos. Arrancar de aquellos retazos de historias donde estuve, y fui partícipe del elemento ritual del cual brota la oscuridad en su enredo. Quise, como se quieren ciertas cosas en su ambición, elevarme sobre las rocas, no ser más que el alejado sujeto de la incoherencia propuesta por una sociedad consumista, sin ritmo propio, sin palabra. La mía se acentuaba en el yo, y aquel yo estaba sumido en una tristeza profunda por instantes del pasado, cuyas palabras se anteponían, tejidas de recapitulaciones, en el intento de encontrarme nuevamente voraz frente a la vida, y la vida sucedía y sucede sin permisos para nadie. Así los años transcurren y quedamos nosotros con nuestro tiempo, aquel donde fuimos y podemos retirar la felicidad, tantos conceptos efímeros que definen las circunstancias, ancladas de pausas y compañías, llenas de secretos, de semblantes constantes que acechan en la soledad, cuando ese otro ya no está y su voz te dirige al nombre, te dirige al pasado. He sido —respondo a esa voz—, he sido en mis ansias; allí, en ese lugar, no he conseguido la postura estoica con la cual poder sentarme, ya tranquila, sin la consideración de la tristeza, donde he caído largo y tendido, sosteniendo incluso los avales de su brote, los eventos pasados. La cordura ya no se liga a

estos instantes. Deseo rasgar las capas de sus nombres para envolverme en el silencio suspensivo de la nada, abrigada de terrores, en aquel teatro de la crueldad, en su procesión de grados, y yo al final del tino, donde la realidad pareciera perderse en el horario de mis noches, deshabitado de lucidez, abriendo puertas para desligarme de las cartas echadas al fuego con toda su memoria. Seré el humo en su resumen de escarcha, hilándome en la abertura de su elevación consumida, sin espacios fríos, ni ese hielo que aúna el silencio cuando se mira el cielo nocturno, y no se desea estar en la incomodidad de su presencia. Me quiero vivo —pienso—, pero la vida se ha quedado sólida con sus eventos de experiencia, donde ya no me calza la virtud entre sus grietas para la entrada de una luz lejana y tardía a mis haberes. No hay tal cosa como la resiliencia, me digo. Me harto ya de su propuesta y definición de cansancio y optimismo. No hay tal cosa como «todo pasa por algo», pues soy yo quien se encuentra en la posibilidad, y esta se une a un diagnóstico de límites donde la figura de mis manos me parece ajena. No deseo ya ser nombrado. Dejadme en el abismo. Dejadme atado sin cuerdas, sin apellidos, sin linajes ni sustantivos.

A MERCED DEL DESEO

Me quiero en el viento siendo parte del todo, siendo la ínfima parte, recorriéndome el mundo desde el pecho hasta las aguas del océano. Me quiero desligada, sin ataduras ni firmas. Me quiero concreta, sólo en mi nombre. Me quiero en su evocación redundante, desde los dientes hasta la palabra dicha. Me quiero en esa marea de su evocación sin ser realmente nada; solo sentirme en su sonido, propuesta a merced de sus versos. Me quiero en los labios pronunciando poesía sin oyentes. Me quiero en la noche oscura revelando los susurros de la gente dormida. Me quiero en el viaje, recorriéndolos, siendo testigo para la pausa de un aullido solitario entre las ramas de la primavera. Me quiero en el tono y en las directrices de unos versos sin vuelta atrás. Me quiero en la rotundez de la palabra «basta» y que quede el silencio. Me quiero aquí y allá, sin nombres, y al ser llamada quisiera encontrarme en el punto desde donde emanan las letras, para volver, no perderme y disfrutar del camino; pero con raíces, el cable a tierra donde podré anclarme a las circunstancias de estos deseos de ser, sin más, en la eternidad circular de la esfera terrestre.

LA GRIETA

La grieta, más que una ruptura, es el espacio abierto, es el lugar donde se genera la oportunidad de entrar o salir. No se malinterprete con definiciones que no van al caso. La misma estría supone la fortaleza de la propia piel. Así, en sus composiciones, la cicatriz y sus posibilidades de anexar alguna metáfora de resiliencia, la caída y la elevación en ella misma. La grieta, entonces, se encuentra en todo lugar: de mi mente al recuerdo, de mi corazón al otro o al sentimiento, de la grieta al espacio que desconozco, del mareo a la estabilidad, en el extrañar. La grieta que propone el encuentro. La grieta como factor de interacción: mi mano en la tuya, mi paso en el suelo, mi corazón en todo mi cuerpo, con esa sangre que aúna todos mis componentes. Ya no soy fracaso ni victoria. Soy solo un tránsito lleno de memoria, de fotografías del pasado, fragmentos de otro. Hago de ello mi alimento cotidiano. En caso de supuesta pérdida, de inminente caída, recurro a la grieta para llenarme de esperanza; de mi instante a la propuesta que supone el día, de mi piel a la caricia, de mi escrito al entendimiento, para adjudicarme otro método, otra visión, luego de tanto conflicto.

CÁBALA

Los días han concurrido en la templanza de mis entendimientos, las bifurcaciones de sus instantes y sus resoluciones. Dejé aparte un dolor que no era mío, así como también arranqué el miedo y lo cedí, en su calidad sólida, a aquellos entes que no me permitían el paso. Caduqué los soles y la luna se mostró plata, corazón iluminado sin rostro, con tantos nombres que no predije su presencia sino como perla, compañera de esperas. Me llené de fuego. El silencio se hizo escarcha en su vuelo para detener las angustias que prometen, en la adolescencia, cesar de ingenio si es que no: inteligencia sabia de estar en el momento y lugar oportunos, en redención y en defensa de la infancia, para armar-me las manos, para la creación del tan anhelado futuro. Yo por mí, dije, vosotros por vosotros. Cerré. Y mi corazón soltaba los pesos de mis años en un intento de volver a mí con toda mi responsabilidad auestas. Seré entonces una más entre aquellas que encuentran su poder, para adjudicarme las virtudes y pulirlas hasta que acabe la vida. Me haré cargo, me dije, y seré fiel a lo que mis emociones atañen, con tanto ímpetu para desprenderme una locura de años, donde el linaje ha quedado sin fuerzas en su propuesta de redención.

CONTROL

Los matices de las formas, sus estructuras tan bien definidas, y mi mano que las reconoce sin su nombre. Tomar la ventaja de mis palabras y reusarlas tantas veces como sea posible, para mantener cierto alcance de aquellas cosas que, para otros, simplemente pasarían inadvertidas por desinterés. Sin embargo, me dispongo los ojos y beso al viento con las aberturas de mi léxico, para hacerlo convincente a la hora de proponer las horas que acontecen en la soledad. Pierdo el control si de mis manos cae la nada y abunda el quehacer sin rastros de término. Pierdo la cuerda y sus letras adjuntas a mi posibilidad, y permanece como espuma de rocas el silencio, recogién dose para tomar fuerza y desplazarse luego, como un manto de incognoscibles figuras, en su retórica muda, hecha toda verbo en su acción de empuje, trayendo consigo las letras de un puzle que se descifrá ra solo en la espera de una menguante que expulse, a deshoras, las anomalías de sus procesos, tan recurrentes como efectivos por la noche.

DESPUÉS DE LA INERCIA

Prendida del recuerdo, las voces antagonistas se alejan en manada, se alejan como lobos en amenaza porque al parecer no funcionan sin sus compañeros, no sirven sus palabras cuando nadie escucha, no sirven cuando nadie apoya. Se alejan perdidas en la sombra de un pasado lejano, tan distinto al hoy como lo sería la infancia en la libertad de ser. Rilke propone que allí, en la infancia, se encuentran los más grandes frutos. Sin embargo, no sabía cómo rememorar mi infancia sin aquellas voces de tedio y amargura. Así que me propuse salvar, esa parte perdida por la inercia de mi nombre al límite de la identidad, donde se escabulle temerosa la verdadera esencia, ya sin máscaras, sin parches ni etiquetas, contemplados en una sola palabra. Me desvestí de las viejas acusaciones, de los sustantivos fríos y de los pesares más rotundos. Construí una cadena, y me anexé al final de ella para jalar las circunstancias y echarlas al vacío. Todo caerá por su propio peso y quedará plantada en lo nuevo, desnuda de sinónimos, para echarme a correr con otro temple, con la vista al norte, llena de venturanza.

EL MIEDO

Extasiada de instantes, genero la abertura de los espacios para hacerme una más entre todo aquello que pasa en las avenidas. Me deposito en medio de un bullicio que no cesa, calo hondo para comprenderme entera y dar con mis pies, mi libertad, la independencia que me brindan, y salir sin más del estado donde el pecho pulsa el miedo a no saberse. Rememoro entonces las certezas al son de mi respiración y quedo inmóvil, en el vórtice de mi pensamiento, para salir de las transgresiones del intelecto, pujando escenarios funestos sin ser recuerdo. Llevo mi mano al corazón y allí estoy, con la palidez hecha hielo y los ojos plantados en la nada. Mi cuerpo vibra y me recuerda a la vida, pero también al terror de historias que se intercalan con el pensamiento furtivo de mi parálisis. Soy el silencio enmudecido de probabilidades inconcretas. Soy cal por mirar hacia atrás, donde no hay motivo ni excusas para el temor de entonces. Soy la frecuencia del espasmo y la vibración del frío en la interminable ruta de volver a casa.

EN ÓRBITA

Cuántos pasajes se esconderán en la memoria olvidada, allí donde planean los leves delirios del presente sin minutos. Podrán las ideas caer en su órbita al paso, al recuerdo, uno a uno contados, inimaginables al punto horario. Sin embargo, acontecen como pequeños fragmentos, deshilvanando retazos de sensaciones conectadas a sus haberes. Como cuando quise, sin más, proponer el salto a la ventura de los días, y repuse cada noche una nota de versos para la salida del sol. O aquella época temeraria donde la vida era un juego, donde el hedonismo primaba por sobre todas las cosas, y yo sentía que ella se derretía en mi paladar con la bohemia de mis pasos. Así, la andanza interminable de acordes pasados, donde el arpeggio resume la gracia con la cual se caminaba por entonces: de palabra, de amor a la poesía de sus calles. La expectativa en la pupila de mis ojos ante las ansias del avance.

ENSOÑACIONES

Del trabajo de mis noches —encuentros de constelaciones vagas que presenta el infinito— doy con las delicadezas del verbo, para comprenderme en la soledad sin tiempo de quien ha perdido, por proceso, la espera de su propia luz. Concilio el pasado, y este se une con la fuerza de una compañía donde su anécdota disuelve las tensiones horarias de las rutinas terrestres. Me quiero en la condición de los encuentros, configurando las ideas y saltando sobre restos de palabras que nunca pensé utilizar con la otredad a deshoras. Me he planteado en el mismo querer los puntos, las coordenadas de mi espacio; y he recapitulado los instantes donde los sueños se hacían uno con las ilusiones esquivas, al ritmo de una música evocada al pum pum del corazón. Navegué en ellas, deshabitada de circunstancias, para echar mano y recorrerlas con la paráfrasis de mis entendidos, dando con la sorpresa del oro en la solapa de sus márgenes, con la plata en las profundidades de mi mente. He hallado en calidad onírica las respuestas a una estadía que propone la quietud y la paciencia. He dado con el fuego; su manifestación me recorre la sangre como la pasión más tenue. Paso a paso, dicta el corazón, ya se ha encendido. Ahora queda fluir y caer en la realidad de sus nombres y no perderse en el delirio de su compañía.

LA VIGILIA

Unos ojos profundos como dos esferas me observan inquisitivos, como si quisieran que me fuera con ellos, en ellos, en aquel abismo que guardan sus pupilas en conexión con su ser, similar al infinito. Intuitivamente me quieren a mí, a esa porción de mí en desvelo, con el secreto entre los dientes. Me quieren en la profundidad de mi sueño, expectantes de mi caída. Me han tenido en su entrecejo desde que llegó la noche y no han soltado palabra para su querer. Se siente tibio, se siente bestia. Ya no es la incertidumbre de su estar; sino más bien la compañía de sus ojos crepusculares, de ascensión y retroceso, en la apertura de la noche. Es una parte de mí en vigilia que se desliga de mi cuerpo para el comienzo de mis días. Quiere que lo escriba. Quiere que le dé un nombre. Quiere ser llamado y acompañado en una travesía que desconozco. Quiere que sea, en su más sutil intento, un llamado con el alma para revocar las cicatrices del destino, y dar por comienzo a una prosa secular sin ser olvidado.

PLENARIO

Iniciar con la caricia y el vaivén de las palabras, con sus sinónimos. Continuar en las formas, las figuras de mi tacto, y comprender la hechura de una sonrisa dibujada por mis acciones. Comprender la eternidad con el gusto de una calada. Expulsar lentamente el humo, como si besara la eternidad, para desenvolverme en el movimiento de las sábanas que dibujan las perfecciones secretas de un desplazarse a gusto en el cuerpo. Florecer en la madrugada, sin la ansiedad y sin esperar del otro, que redonda sigiloso por las aberturas blancas del viento. Extraer la porción justa en un beso, y darme por satisfecha en el núcleo de nuestro encuentro sin rincones, sin promesas, para propiciar el tiempo en aquel ángulo de la memoria, donde alguna vez iré a abrazarme en los pétalos de su recuerdo. Acudiré con la suavidad que exigen ciertas cosas, y me cobijaré en un lapso de inconsciencia. Me sumergiré en la envergadura de mi vientre a recitarle a las estrellas, con sus respectivas constelaciones, en el crisol de mis artificios. Exhalaré a la abertura del espacio, sin nombres ni etiquetas que cubran el plenario, para definir y resumir la experiencia de haber estado, desde ese instante y para siempre, completa.

PULSO

Para saberse vivo se requiere bailar con frenesí y no cesar el movimiento hasta el sudor. Para saberse con ánimo de continuar la rutina, se requiere mover los pies, dar con el pulso desde una esquina hasta todo el cuerpo; se requiere hacer un beat con los dedos y pronunciar un tarareo de ritmo afónico por obligación. Hay que proponerse el tacto, los saltos y una sonrisa, y se verá como todo en el cuerpo llama a la vida. Hay que correr sin esperar un lugar al que acudir, hay que abrir bien los ojos y respirar. Se debe tener en cuenta la comodidad para luego seguir con la danza lírica de las extremidades. Para entonces habrá sinfonía y pulso, habrá corazón y respiración. Habrán ganas sin siquiera saber para qué; pero allí estarán, a la espera de algo, algo que por estructura me lo podré brindar yo, luego de haberme animado los pies, por azar de esta ansiedad pensante.

EL ANHELO EN CANSANCIO

Se siente similar al fin del día, se siente próximo al siguiente siendo las ocho, siendo tarde y, aún así, no lo suficiente para un sábado sin compromiso alguno más que el que se adquiere consigo mismo: despertar temprano, abrir los ojos, con un nuevo entendimiento. El sueño rendido en mi cuerpo, mi mente en pasado: lo que fue irreplicable en su composición de instante ya hecho. Pero las horas se acercan con un acertijo adentro, con la posibilidad de saberse y trascender su vacío, en adquisición de esa misma vastedad, para acertar con la definición para este ser romántico que apunta, de adentro hacia afuera, en el contacto mismo de mis sentidos con aquello que carece de nombre, hasta mi instante de viento: el pulso de sus letras, la interpretación del entorno compensado en lo que he sido, en lo que conozco, relleno y limito desde mi propia cordura, apodando, rigiendo, hasta la unidad, lo infinito.

DE UNO A OTRO, CUÁNTO MUNDO

Retirar el peso de la propia elección, lo inadvertido: llamado sutil al movimiento de mis manos. Mis pasos, si bien fuera, se encuentran cercanos al conocimiento del querer, en su vaivén entre el recuerdo y el olvido de su propio significado. Poder, el alcance de lo desconsiderado, reja principal donde canta tan azul encierro por decisión propia, cuyo llanto es por mí y mis decisiones, por mí y los límites de mi muestra: la entrega, la reciprocidad, y de dónde surgen las manos que toman en conjunto, si es que no sueltan en principio su jaula.

¿Sabes cuánto cuesta la libertad? Un permiso y la consecuencia adjunta. No es mucho, no significan nada cuando las alas se rompen por el miedo a su vuelo. Yo no lloro, dice. Al parecer sabe, al parecer no desea cambiar su situación, sabiéndose pájaro, sabiéndose bajo los conceptos de su propia experiencia, creyendo, decidiendo: ¿Fuiste buen perdedor? ¿Cuánto cantaste en tu racha, donde aún no pudiste contrarrestar los vientos de tu latir que, escritos, fueron la única forma de valorar el canto con su peso y todo lo que ello implica? ¿Quién se atrevería a perder la certeza del cariño? Responsabilizarse frente a su dirección. No pierdo. No hay lucha, excepto la tuya frente a esa propuesta inadvertida que no se rinde, como tú, ¿no? ¿Cuántos ganaron en tu prosa, cuántos perdimos, cuántos volvimos a ganar? Encuentra lo que amas y deja que te

mate. No hay tiempo para pérdidas. ¿Cuándo estas merecen llamarse como tal? Bien sabida la ida, la despedida cuando no se ha poseído nada, a bolsillos llenos, las manos frías, sin nada que obtener con el canto de mi propia jaula. Con ella recorro el mundo, sabiendo de triunfos —maldita sea— y esperanzas. Porque no me rindo. ¿Te rindes tú?

DEVOCIÓN

Verbalizar el rezo profundo, hacerlo voz y sonido, emanar de él la satisfacción de su conciencia. Llamar a los desentendidos, promover la vida y su experiencia, como éxtasis de hazañas que con el tiempo perdurarán en la memoria de los vivos. Calcar el gusto y la prosa, hacerla acción y decaer, interminablemente, en el equilibrio de sus apuestas para con este viento de deseo y augurio que me recorre la piel, a tientas de ser oída. Palpar entonces los sistemas de mi organismo, sentirlo vivo a los sentidos y calcular la vida en sensaciones: besos de rojo, caricias de turquesa y la frente reposada en un naranja vibrante. Beberme los tonos y continuar la plegaria, en armonía con los resultados luego de tanta búsqueda.

DE NADIE

A ojos del mundo, oyentes de halagos, promesas, persuasiones. Convencidas del discurso, a andanzas de las propuestas, se marca el paso de la ventura con la vista cubierta por un ramo de palabras extendidas y talladas en la piel. En ellas se encuentra el argumento de la elección de mis modos, por ser oyente estricta, dependiente del susurro del ente que presenta, a un corazón ansioso, las palabras que aplacaran, en su escucha, la inseguridad interior. «Permíteme el recurso, voz activa, de tachar mis ideas con tu vocablo y tu pasado. De ti escribiré la historia sobre los escombros por ti derribados». El movimiento de musa airoso, etérea, supone oculto el trabajo necesario para los días. Ser pro de quien enuncia, frente a su boca, suponiendo las tildes en la acentuación de mi vientre, el lenguaje de mis manos. Trofeo de cuantos, a merced de su respuesta a mi presencia, rígida de cometidos, movimiento austero, meticulosamente planeado: los ojos al encuentro con lo interno, la evocación del querer pensante, rehuyendo, evasiva, los sonidos que produce el hambre, hechos por aquel a quien se entrega el pecho, en esa elección de reciprocidad.

Si por musa fuera, la inspiración ajena que nada me brinda en mis espacios solitarios, sería la sombra ornamentada de los recursos escritos, evasión del propio concepto para conmigo. Hacer

sin la expectativa, con los ojos en el otro, siendo yo quien observa y recibe, mi palabra hecha arte. Artista, será tu recurso y el mío, en nuestro encuentro, deducción a la proximidad de la poesía. Me abasteceré de lo aprendido, soltando lejos las ganas de quererme en tu palabra. Seré, aunque ello considere la pérdida del trofeo antiguo, vacío, de nadie. Me sostengo de mi prosa, silenciosa, al viento de mi encuentro luego de prolongada espera, años de suelo, cemento y tierra, por donde el escrito escondido se hacía ingenio para alcanzar mis anhelos sin muestras, sin pruebas. Trofeo mío, que porto desde mi entendimiento al amanecer en redención, lleno de esperanza. La esperanza mía con la posibilidad de hacerse, para ser sin ofrenda del cuerpo, que crea a gusto bajo unos ojos que no son míos, y que disponen desde el ansia de alcanzar un premio de días, de veces, hasta que aburra finalmente la costumbre. Por amor a mí, amor no me cedo. Por amor a lo que soy, en su conocimiento, amor, me hago mía. Por amor a los inicios, su desenlace, los vaivenes y el desvío. Amor, me haré sangre en el ímpetu de mi propia gloria, ahora a merced de nadie, a merced de mi instinto, mi inspiración, aquí, desde mi sitio.

LA MEMORIA

Como un círculo, circuito de circunstancias, la más pálida fotografía del recuerdo donde se esconden inhóspitas travesías del hacer cotidiano. Mundana, me adecuó a la retórica de esta rutina causal, siendo algo más de lo que comúnmente se puede apreciar en la observación de las horas, la sucesión de los minutos en la abertura del tiempo. La causalidad de los haberes, uno tras otro, forrados de pensamientos mudos, de palabras por entonces inexistentes, que llevan a la acción de este escrito entre líneas por azar de su encuentro. La calidez de un recordatorio para el presente, tácito en su presentación fugaz, que nace desde la idea a la proyección del mundo, donde el futuro no se concibe sino como el siguiente paso de toda una memoria, cargada de instantes donde he sido, y en el cual permanezco por horario de redención. Quieta espera de las pausas que propone la vida. Así, en su caudal de discursos donde alguna vez dije, donde alguna vez quedé, intachable, en la memoria del otro que, por su hacer, ya no me considera.

SIN ACIERTOS

Haber estado en los puestos de la memoria, allí donde surgen las jerarquías del entendimiento, y haber propuesto la palabra «identidad», con sus fórmulas y construcciones de suposición, para dar con el gustito que deja su concepto aferrado al alma. No tener por qué esperar otras ocasiones donde se pugnen las discordias de los saberes, mientras se tiene la palabra aferrada al tacto del presente, para que no se vuele entre los comentarios ni con la visión que pueda llegar desde afuera. Así, un recurso atado a la mano derecha que escribe, se sostiene por espacio seguro, más allá del nombre, y se acen-túa cada vez que hay gente: aquellos con sombras singulares, de reposo, de a veces, de unas cuantas, de siempre. Habrá que tejer los entendidos, dar con otro significante que llene su puesto, y se acomode tímidamente entre los rincones de este cráneo en uso, que construye incesante las condiciones del movimiento; en dependencia de aquello que se define, en mi figura, como el enigma de las formas laberínticas de un sujeto, que narra sus aristas punzantes de miedo.

ABRASANDO LA ESPERA

El agua ardiente derramando mi vaso de nombres y conceptos, en aquella esquina testigo donde alguna vez anduve con un silencio tan mío como la mano que hoy dicta y enuncia su recuerdo, se sumerge en la propuesta del día, deshabitado de haberes, fríos y llenos de memoria. Este atar marchito de tiempo, imagen viva del miedo en el enredo de sus insinuaciones, blanca como la cal retirada de la pared con los dedos, recurre abrazadora en su impacto de fuego, llama de monólogos internos en el rezo de mi vida por haber estado en la encrucijada a un cuarto de hora para el amanecer. Quemaría los restos de mis nudos escritos, así como quema el elixir en la desconfianza habiendo conocido. Quemaría los augurios y las cartas cuyas espadas proponen el filo de una mente caótica e ingenua, que ha cedido el corazón por espontánea entrega al mundo, y se ha perdido en el incendiario adolescente de la pasión. Quemaría las llamadas y las alucinaciones en su vocablo perdido y olvidado que me llevó a la ira. Quemaría el futuro, sin dejar rastros de sus ideas, junto a las imágenes de su procedencia, por tanta pregunta sin ser resuelta en la leña de esta hoguera, y vería las llamas ardiendo mientras se desligan de esta piel las cicatrices de haber existido, como tantos otros, en el deseo y en la esperanza de la aventura que significaría la vida. Me encontraré allí, finalmente, en la flama del llan-

to de fénix, nueva y sin recursos, abrasando el presente, abrasándose en sí mismo ya sin huellas, sin marcas más que el calor de sus pequeñas brasas consumidas en mi timo.

INSOMNIO

Ha llegado la noche sin sueño, las ideas redundan y muero en la interpretación de las constelaciones, lentamente, como cuando se consume el tabaco y el humo se filtra por la ventana entreabierta, donde entra el legado del miedo. Las palabras se tornan diálogo cuya información es conocida como enigma. Busco entre sus rincones, determinando el problema, y no hay dificultad alguna más que la incertidumbre de su conclusión, que se mantiene volátil a mis sentidos, donde beso las sombras antiguas, cuya herencia me sostiene con los ojos en la distancia, en la serenidad de haber comprendido.

LUCIDEZ

Caer en cuenta de los eventos pasados y notar el deterioro de las cosas con su tiempo añadido al ocre, al polvo, al olvido. Situarse por encima de ello y notar que uno no pasa inadvertido a los años, a la consecución horaria, donde permanece quieta la oportunidad. Estar despierto, unido a las cosas en su inmovilidad, siendo testigo de ellas olvidándose: otredad manifiesta al desligue de mi persona, siendo un momento tan similar al ayer. No veo por dónde empezar. El caos deshabitado en mi mente es una rueda incesante de movimiento, que insta y al mismo tiempo no quiere y no está en la carencia; sino, más bien, es en el vacío de su propuesta cotidiana donde se recogen los recuerdos y se anhela tanto como para intentarlo nuevamente. Estoy cuerda y todo transcurre. Soy consciente en este espacio asolado de luz donde la mañana aparece con su viento renovado, como si se estableciera la rendición de las noches cuando cae el peso de la pérdida y el desencuentro. Pero me concibo inquieta de palabras, con el susurro de mi voz evocada, la fe a la espera de mi canto, rendida ante sus conceptos, abierta. Por ello dispongo tanta narración excluida, lúcida de acontecimiento, soltando ese tanto que aqueja por la ventana, para abrazar, en un tiempo más, la fantasía de mundo y arte que mantenía el fuego vivo por las ansias de simplemente ser.

SEÑOR

Cuando hablamos de belleza, ¿nos referimos a lo mismo? Pregunto por la subjetividad del receptor, más que del hecho que se determina como tal. Él es quien recibe, el que define y engloba en un solo concepto, en dependencia con su mundo, es decir, con todo aquello que conoce. Cuando hablamos de equilibrio en el hacer, ¿qué entiende usted? Y aquí pregunto para hacer entender mi propuesta: hacer desde la simultaneidad, a saber, pensar-decir-hacer, en una estructura atada por método práctico, por aprehensión del tiempo y sus vaivenes, por esa tan preciada coherencia. Si mi literatura, entonces, más que escrita, fuese del todo manifiesta, si hiciese de ella la guía de mis instantes, comenzaría por lo primero: en mi caso el encuentro, para luego simplemente desenvolverme desde el acto o la evocación de mi palabra, en coherencia con los anhelos que redacto a diario, daría entonces con ambas propuestas. La belleza, y con ella el equilibrio, sobre todo si mi corazón late y salta en el ímpetu de hacerse saber, como danza, como canto, como estas manos en entrega; o al recibir, cuando pulsan hacia afuera, receptivas, sabiendo ya de ganancias por los años adquiridas. Así, y solo así, entiendo que no es pérdida, más bien entrega —si es propio, si es esencia, si no es esfuerzo—, porque nada equivale a la pena, a la condena sujeta a mi propia elección, la cual ejecuto a causa de ir aceptando lo que se

concede a un otro que impone, bajo sus propios términos, la definición de felicidad que, sin siquiera saberlo, se opone a la mía o a la propia. ¿De qué hablamos cuándo nos referimos a la belleza entonces? ¿Cómo llegamos a ser conscientes de ella, a definirla como tal? ¿Habría un acuerdo para ello? Siendo el acuerdo la muestra de las bellezas primarias, para pasar luego a las «sub-bellezas», hasta dar con las no tanto o menos, pero desde afuera, como testigo y enunciador, lejos, tan lejos del poeta... No, no, nadie puede pasarla por alto, por muy distante que esta se encuentre a los términos que propone nuestro entorno; ya que, de algún modo, se hace saber sin siquiera querer presentarse con ese fin, y de estar atenta podría entonces dar con mis conclusiones para con la belleza y sus propuestas filosóficas. Entonces tomar luego la racha literaria del día con mis ojos, definidos por mí, y ligarse prontamente a la memoria que detonará, de alguno u otro modo, la esperanza para hacer, decir y encontrar, hasta llamarla como tal, y no dar con la noche sin haber encontrado mi sentido expuesto en ese, esa o eso de afuera, que no se sabe palabra ajena, palabra mía inscrita en los papeles de mi historia.

ARTISTAS

¿Quiénes habrán sabido de ellos alguna vez? Aquel sistema de defensa: crear para no perderse y aún así extraviarse en el proceso de creación. Pareciera ser que son muchos, que tienen demasiado. Sin embargo, es la cotidianidad mostrándose, manifiesta a través de un solo ente, quien retrata como mejor le parezca, si es que no lo mejor que pueda, el entorno del cual está siendo cómplice. Un orgullo de testigo, que luego pasa a ser protagonista, hurgando por las orillas del suceso sin poder sacarse la realidad de la historia que cuenta, pues es como si al ser escrita hiciese de ella un ser poderoso que grita por ser descubierto de principio a fin. El artista cae preso de sus impresiones, cargando con ella el tiempo que le tome descifrarla por completo.

Hay quienes la narran desde una esquina, así como también hay quienes la viven y su vida es eso: la revelación de una idea, una de tantas, por entonces distinta, y sobre todo mayor a cualquier cosa. Nunca una idea sería poco cuando se escribe. De lo contrario, hubiese pasado por debajo de la consideración y se hubiese perdido en sí misma, en el núcleo del cual se sustrae.

Artista, ser de silencio y de espacio, ¿dónde quedará tu vida luego de volcarse? Quizás en todas partes. Termina de ser al abrir los ojos.

SONETO DEL YO

Me encuentro con las manos vacías en el abismo de mi reflejo, sin aval y sin locura, perdida de sonetos y de rimas, cuya profundidad es el lago donde el cielo y la tierra se funden en la oscuridad, donde todo se hace uno y soy testigo. Me encuentro en la lucidez, sin ganas, en el exhalar de la espera cotidiana, ávida de recuerdos, de memoria olvidada, ahora consciente, manifiesta en los días donde espero con ansias la conexión de sus estrellas para constelarme los sacrificios, la náusea y los vicios. Me encuentro con la esperanza a un costado, con textos y restos de inquietudes que no pasan por alto estas manos fugaces del hacer, que recuerdan el timo del león, presentado como compañero de viaje, allí donde hubo carisma en mi cariño y miedo a ser parte. Me encuentro, y no hay por dónde sacar el aullido de mis rezos, por mis batallas ganadas en aquella guerra que implica el destino, en su andanza de locura y sin causa. Hay un yo escondido que se expone a sí mismo en el más desolado silencio, allí donde la palabra no se gesta y queda su amarre de concepto, siendo constante, sin apellidos, siendo vida y concurrencia en el más noble silbido del viento, en la espera despierta de mis ánimos al contacto con mi ser, alejada de la esencia y siendo recordada por ella. Mi voz en la letra de los instantes que recité, sin pudor, en el más ahondado poema de la improvisación.

ENTENDIDOS

Me conozco, he dado conmigo innumerables veces, en la tela de juicio donde he sido el juez. Me he encontrado y he entendido, desde el pasado, mis elecciones en ciertos procesos en los cuales fui vulnerable ante el paso de tantas personas en mi tránsito. Me conozco, sin embargo. Es como si no estuviese aceptando, a pesar de lo intachable que puedo ser frente a ciertas situaciones, mi verdadera forma de ser. A saber, he perdido tantos instantes como mis sueños pudiesen generar. He ganado en aquella trinchera interna que pugna por quien se ha ido en los privilegios incondicionales de aquellos que he podido nombrar familia, y que he desconsiderado por la recaída incontenible de la nostalgia. He romantizado hasta la pérdida de veracidad en los acontecimientos, y con ello he perdido el registro de las verdades inconfundibles de mi conciencia. Por lo mismo, he coartado los destiempo, pujando por ser fiel a la memoria de las sensaciones, recobrando el sentido de mis ánimos, donde reposo tranquila en la estructura de mis decisiones, aquellas espontáneas donde la receta se repetía en los haberes más infortunados. He ganado entonces, la sutileza del entendimiento y la descripción de mis errores. He tendido largo y extenso las propuestas que me ha dado la vida; y aun así no ha habido tiempo para ser, desde la enunciación de mis ilusiones, a la cotidianidad de saberme no del todo

aceptado. He perdido, y en su paradoja he ganado, he dado con la respuesta de los entendidos, ahora con tiempo, con paciencia, a la espera del todo y la nada en su ciclo infinito de manifestación.

FIDELIDAD

A donde vaya, por tiempo y espacio, por aperturas o grietas, mental o materialmente, me acompaña fielmente la palabra. Con ella he descifrado, encontrado y desmenuzado tanto haber que por mi piel se enmarca. Escribo las aventuras y los entendidos, el pasado y las consideraciones del futuro. Parte de toda retórica, la definición causal de mis instantes. Soy el principio por la cual se enuncia. Percibo entonces, y traduzco desde la interacción más fútil hasta lo más cercano de los episodios respirados y vividos hasta ahora. He sido en el armar de atares de la palabra. He conseguido la serenidad de sus conclusiones. Soy por certeza la palabra que define mi acto, y he de ser en ella por lengua, por verbo, en acuerdo con sus evocaciones primitivas y elocuentes. Me perderé en ellas y de mí no habrá nada; sin embargo, en sus reiteraciones y usos estaré pronunciada, desde el semblante hasta la forma, desde los instantes hasta la eventual muerte: el todo en el todo y yo siendo solo una fracción de este.

EL PENSAMIENTO CON SENTIDO DE ARMA

La palabra con sentido es el arpegio de mi movimiento. La dulzura de entrega, que al mismo tiempo es el filo que me posiciona frente al otro, me permite, en calidad de espiga, de espada, ser. La palabra a la cual recurre mi sentido la armo en flecha, pero a veces cae perpendicular a mis brazos extendidos y me condena al presente por el pasado, me deja sin paso, sin trino de aventura, y es solo a veces cuando no encuentro respuesta ante la cuerda. Amor, estoy hecha de fuerza para retirarla desde el punto en que me dejaba inerte. Soy yo depositada en el silencio sin arpegio, dentro del crisol de las oportunidades, para hacer desde mi interior el arma que se opone a la cordura: me desato la cuerda y dejo de tirarla por resentimiento al paradigma, paradigma que conozco, callo y corto, ya armada, para caer, entonces, inevitable, sobre la lanza que formo desde mi voluntad herrera. De hierro vuelvo a ti con mi puntería exacta, caigo y me armo nuevamente al contento de devoción, *carpe diem*, con pies desatados. Vivo sobre mi propia flecha, ahora de plata mi armadura de sentido, metal forjado por mis manos, que dirigen el arma que lanzo para vivir en el movimiento, y apunta sin predeterminar el paradójico camino, que conduce una y otra vez a mí.

DESFRAGMENTACIÓN DE UN ARPEGGIO

La diferencia en este día no ha sido mi palabra ni mi temple, sino la disposición externa a escuchar en aprehensión de mis significados. Puedo asociar la palabra, compartir con la dicha y turnarnos con el oyente en reciprocidad, en el intercambio de diálogo que supone el tiempo, el respeto y la misma disposición nuevamente. La palabra, entonces, como punto de convergencia: desde el tono a la enunciación de mi énfasis, de mi gesto a la conclusión de la frase que suspende, quien sabe, la idea, la consideración, lo más cercano a la verdad, la posibilidad, el corazón. Tantas veces en entrega y hoy ha sido diferente: falta coraje. Siento que el próximo paso que ejecute, desde mi danza proveniente de esta memoria, estará ligada a la emoción, en dependencia con el encuentro, el acto llevado a cabo, con toda su carga y desligue, de esas ideas que me llevan al arrepentimiento de haber hecho, para notar que hacer desde mí era la táctica de cederle el peso en la espalda al río metafísico, para que se recorra el mundo en su similitud.

Oh yo, oh vida, oh coraje, corazón con tiempo, tic tac delator de nuestra mortalidad, que me lleva a abrazar el presente con la presencia de un corazón similar al mío. Me he vuelto pájaro, oh vida, y el miedo se ha formado en calidad de jaula para depositar los actos de mi pasión cariñosa, que no es simple

muestra como estos barrotes, intermediarios del afuera y el adentro, que he elegido como propuesta y solución del amor para conmigo misma, para ser en esta humildad que no es encierro, límite de mis extensiones que tienden a la palabra, proximidad de mi voz al contacto con el otro distante, en la expresión de lo supuestamente inalcanzable, magia que brota en la presentación de este interior, que no es más que prosa y concepto.

LA CONJETURA DE ATLAS

En el inicio, silenciosamente se fue gestando, a partir del reconocimiento del entorno, la suposición del sabor que tendría el mundo: sus ingredientes y fundamentos, la posibilidad conjunta de dominio y control. Imaginarlo no propone, en ningún caso, lo que implica realmente llevar el deseo a cabo. Las consecuencias se manifiestan aún sin ser consideradas; surgen como una peste expansiva, corrosiva, interna, que consume a pesar de su camuflaje de presunto poder. La reacción, en respuesta al intento y al hecho, se posiciona como carga y condena de quien desea poseer un mundo sin antes saberse mortal y humano, aislado de las consideraciones juiciosas y conflictos internos, que reinan por una verdad tan frágil como las cenizas que se esparcen a sus pies. El peso, el peso del arquetipo, no es el mundo en sí mismo; sino más bien la conclusión, lo que continúa luego de alcanzar la meta. El castigo de Atlas es hacer, intentar y no poder.

LA MAGIA DEL CONSTELAR

Para llegar a formar la estructura de una constelación es preciso, en su inicio, trazar el trayecto de una estrella a otra y a otra y a otra, hasta finalmente dotarla de una imagen que figure y conozco y significo, mediante el resumen de su totalidad en una sola palabra. Así comienza entonces la definición del cielo mediante los protagonistas de tanto relato antiguo. De esa forma parecen guiar el paso en la tierra, pues el relato une y designa, como yo al dibujar una figura entre las estrellas. Por entonces, una constelación sería la línea del aire formada por mi dedo, de una posición a otra, para rematar en una idea, un símbolo lleno de significado. Del mismo modo ocurre en la mente, ese espacio infinito que atesora las percepciones del mundo, el exterior como vórtice inicial para atarse a una idea anterior o incluso a lo aprendido. De este modo, el pensamiento varía de estado, por recurrir al avance y a la ligadura de los pilares que se encuentran dentro, un atar desde afuera, tomando como recurso la emoción y los argumentos antiguos, si es que estos no se derrumban en el interior que se opone a ellos y que retiran dando paso a una nueva construcción: se asume y se ata, uno a uno, hasta alcanzar el propio sentido. Hagamos, por tanto, del conocimiento una estrella, siendo el pensamiento el mediador de eslabones en secuencia dentro de lo conocido, sin apoyo alguno que lo defina como puente. Así se es-

tipulan flotantes las historias hasta la llegada de la razón, que las ordena por secciones de veracidad, en relación primero con mi yo y mi percepción que acuna el mundo, para concluir en la unión de frases oídas como los riachuelos terminando en el mar. Es Orión la conclusión, gestándose desde mi propio intento de saber, dotándole de una interpretación, ahora con un sentido más próximo al brillo del manto que me cubre, pero en mi interior. Pensar en esa magia, con el fin de construir, es tallar desde la reflexión mi propio orbe de sentido, para habitar, desde el cráneo-galaxia, las manifestaciones diarias de la tierra.

LINAJE AZUL

Una promesa decanta los restos de su cualidad «para siempre». Se ramifica por las bifurcaciones de la raza escondida: los hijos sin madre rasgan los telares del recuerdo privándose de amar. Su padre, después de seis largos años, sigue en la espera. A la raza blanquecina que escupe su procedencia, de nada ya le sirven los perfiles nórdicos, la coyuntura de sus apellidos, porque estos no dan refugio alguno ante la soledad. Los nombres entonces no sirven, las etiquetas no valen sino para un otro tardío que acuña los vocablos bajo conceptos de supuesta nobleza. Su etiqueta no me determina. No soy noble por portar las azules venas de mi patria desconocida. No soy noble, es decir, no he seguido las proporciones de su legado. Aquello que me antecede por principio ha dejado el lazo de su partida, repartido por las arenosas calles hacia el sur. Otra etiqueta es «madre», quien ha dejado una carta que no deseo abrir. Leerla y seguirla sería negar mi posición de derrota silenciosa. Y las mujeres, de alguna forma, siempre saben cómo hacerte llorar. Las fuerzas se tornan frágiles en las despedidas, en los avisos inoportunos, en la palabra «amor». Amor. No he amado como quisiera, porque todo marcha por el deseo airoso de dejar ser. Conocer la muerte, sin argumentos para la vida, te saborea el paladar con gusto al misterio que desenvuelve los días, a la prórroga del olvido que te dirige a las manos, y

concibes una pequeña grandeza en ellas al contacto con el exterior. Nunca pensé en el arrepentimiento hasta que vi a mi madre volver. Avisaron el natalicio de mi hijo, único heredero de los viajeros del mar, nombre sutil de inmigrante. Fue allí donde se acentuó la memoria de una ruptura prematura, la causalidad de la vida que se impone, a enseñar cuando la etiqueta cambia drásticamente a «familia». Se fuerte, nene, ya llevas contigo todo mi poder y más. Por favor no me sigas. No sigas los intentos desentendidos a los que me apegué por el simple hecho de negar el miedo. Sé que nuestra pérdida, por muy parecidas, no tienen el mismo motivo de ser. También sé que, por ser diferente a mí, en tu calidad de pureza de niño, me perdonarás con el dolor entre los párpados, tomando la mejor versión de ti en dicho nombre con su etiqueta: «papá».

SACRO

Un sorbo de redención, código de entrada a la configuración magna del sentido que útilmente sirve en pro de los oyentes inquisitivos. Se detona la causalidad de los instantes por el primer intento, lejano, enmascarado de consecutivas tragedias distribuidas en la memoria por petición propia, en el deseo de posicionar el temple humano, por sobre el ideal adquirido, en la habitación de los anhelos. Por una mesa vacía distribuyo los pilares pactados mediante la palabra, cuyo valor se adquiere en la consciencia de estar viviendo, justamente, la oración obsoleta de la memoria. Es en el tacto de mis labios con el elixir cuando se corta la escena entre acción y sentir, a través de la daga interrogante del hecho. ¿Cuánta sugerencia sin ser atendida? Me desplazaron los pies sin cansancio por oxidadas vías, vacías de presencia, aglomeradas de sonidos. Comprometida a mi propósito de entonces, oía cada día lo que el viento en su expulsión proponía: amores, enojos, alegrías. Yo despedía el presente para vivir lejos del mundo, de todo ápice superior, igual de inevitable que la humanidad que habito. Por entonces me sostenía de literatura: ante cada quiebre una frase en defensa del sentimiento, del ego, a la intransigencia de mantener lo que se cree ser.

LA FIEBRE

Los días sucedieron en la voluntad de mi letra y mis encuentros, de mi voz y su contenido, de mi danza y el desligue firme por mi propósito, de sitio seguro, de corazón y hogar.

Leía, en las pausas de mi creación, los textos antiguos donde acertaba el instante a la poesía, y conseguía el triunfo del discernimiento, ahora como vía de camino, como bitácora surrealista en dependencia de los ánimos con el entorno, y la decantación de una soledad bienvenida desde donde sea. La caída profunda me guiaba a la intimidad de aquellos anhelos nocturnos pasados tan lejos del hoy, aún con su disposición a rehacerse.

La palabra se me hizo estructura, peldaño de ascenso y cordura de presente. Consideré las ideas como posibilidad, y la voz se me hizo calma en el rezo de mi querer:

Sé cómo quiero comprender las historias de otros.

Formé un ideal para con tanta posibilidad. El romanticismo del viento en coherencia con mis sueños, donde acudía audaz una imagen conocida hace tiempo. Esta se desplazaba en el presente, con nombre, y se situaba en mi habitación durante las horas de la noche donde interrumpían las pesadillas, el susto del pensamiento ante las palabras externas que se evocaban sin rostro.

Su nombre en un principio me era tan ajeno

como el sujeto al cual refería; pero las horas pasaron y mi inquietud lo llamaba desde el miedo, desde una necesidad de regocijo, latido del otro siendo pulso del tiempo, de contención onírica ante mis propias flaquezas.

Nunca entendí del todo este método mental, que se desplazaba en mi somnolencia, llegaba dispuesto; y al dar yo con mi intención en contrapunto a su atmósfera formada, este se alejaba en la sonrisa del logro, dejándome el cariño vulnerable, la disposición un poco más débil, y el querer sin posibilidad de hacerse.

Los encuentros se hicieron insomnio, donde formaba estrategias para su próxima llegada. Toda palabra a su encuentro agotaba la sensatez de mis modos en su compañía. Sus direcciones se dibujaban en las sábanas, en mi almohada sin reposo alguno, y la decepción en mi pecho era el disgusto de mis mañanas, por sus andanzas en juegos que no se regían de modo alguno con los míos.

¿Cómo harás que termine nuestro sueño esta vez?, pregunté en la costumbre de sus partidas rotundas.

Siempre me hacía retroceder, luego de hacerme romance en la cuenca de mi pensamiento íntimo, que tanto cuidé por sagrado corazón tierno. Sin embargo, este ser etéreo llegaba con los acertijos claves en su entonación, despertando aquella faceta de musa para hacerse sutil atmósfera de cuarto. Inspirada por la comprensión de mis vaivenes en su compañía, el sueño despierto no permitía el cansancio a la mente en su recuerdo.

Mi pecho comenzó a doler en la extrañeza del proceso. El enamoramiento inicia en la mente, en

el cultivo propio de aquel externo que observo y se marca en su diferencia, a través de mi verbo, que lo caracteriza por sobre todas sus reglas. Sin embargo, en esta ocasión, el enamoramiento se me hacía extraño. Se hizo llanto sabiendo que simplemente no era, y que su posibilidad de hacerse estaba tan fuera de mis manos como la respuesta amorosa a su llegada.

Maldito juego de aprendizaje, ejecución egoísta de hacerme saber, desde mi prosa, con la cual vibro sin cuidado, insensible, lejano, audaz e indiferente en asombro de mi amor manifiesto.

El amor gestándose y una en disposición ciega a creer, en la distancia de este corazón que se expande en su nombramiento como «amor», sin dar con la veracidad de ello.

Se me ensuciarán las citas que nunca pronunciaré, se me harán cenizas los entendimientos de mis ojos al contacto con aquellos que anexo al cariño. Me detendré las manos, los labios y los brazos en la propuesta de toda mi entrega, hasta que suceda el tiempo, y luego, la sensación se haga tan fuerte, tan presente, que en su presencia se me limpie la piel con todo su contenido, ahora llevado a cabo. Desde el ideal que formé desde niña con los años, desde mi querer sabido a la manifestación de toda mi prosa, ahora situada con más poder, diferente, en un entendimiento de coraje sin cuerdas ni ataduras, donde el silencio y la poesía que lo define como instante se hará un hecho, continuo recuerdo de una porción de experiencia, desde aquella faceta escrita, con su función de resguardo para el alma, como argumento de vida.

ÍNDICE

07	Psicosis
09	A merced del deseo
10	La grieta
11	Cábala
12	Control
13	Después de la inercia
14	El miedo
15	En órbita
16	Ensoñaciones
17	La vigilia
18	Plenario
19	Pulso
20	El anhelo en cansancio
21	De uno a otro, cuánto mundo
23	Devoción
24	De nadie
26	La memoria
27	Sin aciertos
28	Abrasando la espera
30	Insomnio
31	Lucidez
32	Señor
34	Artistas

35	Soneto del yo
36	Entendidos
38	Fidelidad
39	El pensamiento con sentido de arma
40	Desfragmentación de un arpegio
42	La conjetura de Atlas
43	La magia del constelar
45	Linaje azul
47	Sacro
48	La fiebre

EN ESTA EDICIÓN COLABORARON
DANIEL VISCARRA, CARLA VALENZUELA
Y ROBERTO MORALES. EL LIBRO
FUE IMPRESO UNA TRANQUILA TARDE
DE PRIMAVERA. SE TERMINÓ DE
CORREGIR MIENTRAS REPENSABAS
LA POESÍA EN TIEMPOS DE PANDEMIA.